



Investigaciones de Historia Económica - Economic History Research

www.elsevier.es/ihe



Reseñas

Jorge Gelman (Coord.). El mapa de la desigualdad en la Argentina del siglo XIX. Rosario (Argentina), Prohistoria Ediciones, 2011, 405 págs.

Latinoamérica se caracteriza por unos índices de desigualdad económica muy elevados. El último informe sobre desarrollo humano del PNUD señala que muchos países latinoamericanos con un índice de desarrollo alto o medio continúan siendo líderes mundiales en desigualdad en las franjas del IDH donde se sitúan. La curva de Kuznets, como ya es sabido, es de escasa utilidad para explicar la trayectoria de estos países y, por ello, resulta atinada e incluso necesaria la realización de investigaciones que permitan avanzar tanto en la descripción de los procesos históricos de desarrollo de la desigualdad como en la explicación de sus causas y motores. La obra coordinada por Jorge Gelman responde claramente a dichos objetivos y se enmarca en un programa más ambicioso del cual el libro recoge unos resultados de gran solidez, si bien los propios autores no los presentan como definitivos, especialmente en cobertura geográfica y en materia de interpretación.

En primera instancia el libro pretende, como su título sugiere, elaborar una *cartografía* de las diferencias interprovinciales en los niveles de desigualdad que se generaron durante el período posterior a la independencia, en un contexto caracterizado por la expansión de la frontera interior y por un importante crecimiento demográfico. Se trata de examinar la desigualdad en la distribución de la riqueza expresada en forma de bienes sujetos a imposición fiscal (inmuebles, ganado, capital comercial), no del ingreso, aspecto explícitamente pospuesto para abordarlo en investigaciones futuras. Dicha cartografía, aunque parcial porque el libro abarca 9 de las 24 circunscripciones provinciales en que se organiza el territorio argentino (4 de la franja occidental próxima a la cordillera andina: Mendoza, Jujuy, Salta y Tucumán; y 5 de la franja centroseptentrional: Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, provincia de Buenos Aires y ciudad de Buenos Aires), permite apreciar claramente la existencia de trayectorias económicas divergentes al tiempo que se registraba un aumento generalizado –pero con intensidades distintas– de la desigualdad.

A lo largo del libro destacan 3 hilos argumentales que tienen carácter transversal: los problemas metodológicos en la medición de la desigualdad, la magnitud de dicha desigualdad y su evolución a lo largo del siglo XIX, y finalmente la relación entre la desigualdad y los procesos de crecimiento económico y demográfico. Por lo que se refiere al primer aspecto, debe valorarse especialmente la existencia de un planteamiento metodológico compartido que se expresa en la utilización sistemática de algunos indicadores, básicamente el porcentaje de concentración en el primer y el cuarto quintil y los índices Gini sobre los propietarios y sobre el total de unidades censales. Aunque las fuentes no permiten un enfoque estrictamente homogéneo, el esfuerzo por obtener esta batería de indicadores comunes dota de mayor interés y alcance a cada uno de los análisis provinciales y facilita su comparabilidad. El fruto de ello

queda claramente recogido en el interesante capítulo introductorio redactado por el coordinador.

Los autores del libro también han sabido sacar partido de la ventaja comparativa que supone disponer de territorios de análisis superficialmente amplios, pero con un volumen de población relativamente bajo y un número de contribuyentes aún más asequible. La mayor parte de los trabajos utiliza como fuente la *Contribución directa* establecida a partir de 1839 y, aunque existen marcadas diferencias en la cronología, en el marco normativo provincial y en el contenido de la fuente –permitiendo unas veces observar solo la riqueza inmobiliaria y pecuaria y otras incluir la riqueza comercial e industrial–, la escala de análisis provincial les ha permitido cruzar sistemáticamente los datos fiscales con censos demográficos. Con ello consiguen superar una limitación habitual de las investigaciones realizadas exclusivamente a través de fuentes fiscales e integrar a la población no propietaria y a aquella cuya base imponible no alcanzaba los mínimos establecidos para tributar. La imagen resultante cambia de forma substancial cuando los índices de desigualdad miden no solo a los contribuyentes y propietarios, sino al conjunto de las unidades censales que conforman el total de población. Entonces se alcanzan niveles de desigualdad muy elevados y, al mismo tiempo, se liman muchas diferencias aparentes entre zonas con distintos niveles de acceso a la propiedad o de inclusividad en la categoría de contribuyentes.

En cuanto al nivel de desigualdad y su evolución, el libro parte de la idea de que si bien en época colonial era notable –pero no tanto como las tesis clásicas sostienen, en consonancia con la dominancia de las explotaciones pequeñas y medianas que han mostrado investigaciones recientes–, fue después de la independencia y, especialmente, durante las décadas centrales del siglo XIX, cuando se produjo una fuerte expansión del modelo de la gran estancia y, con ella, un acentuado aumento de la desigualdad en la distribución de la tierra y de la riqueza. Los capítulos dedicados a la ciudad de Buenos Aires y a las provincias de Santa Fe y Buenos Aires –que adoptan una perspectiva diacrónica que globalmente comprende de 1839 a 1870– permiten constatar un marcado aumento de la desigualdad en un período temporal relativamente corto. La única excepción se plantea en el caso de Entre Ríos donde, además de factores específicos como el temprano agotamiento del espacio colonizable, la propia naturaleza de la fuente utilizada para el estudio (inventarios post mórtem) es probable que impida reflejar los efectos distributivos del crecimiento demográfico y calibrar con mayor precisión la desigualdad entre la población total. En cualquier caso, los niveles de desigualdad alcanzados durante este período son muy elevados, superando con gran frecuencia y para territorios extensos índices de Gini de 0,9. Tras ellos, ciertamente, los autores del libro también insisten en la existencia de situaciones microrregionales diversas y un cierto nivel de heterogeneidad que se manifiesta en varios aspectos. Por ejemplo, en la diversa facilidad para acceder a la propiedad y la variable proporción de unidades censales con bienes inmuebles, en el distinto peso que la

riqueza urbana –cuya distribución no solía estar tan concentrada como la riqueza rústica– tenía en cada provincia y también en el surgimiento de iniciativas colonizadoras específicas dirigidas a la atracción de inmigrantes, la primera de las cuales fue la colonia Esperanza, de Santa Fe (1856), en el interior de la cual la distribución inicial de la riqueza era mucho más equilibrada.

El tercer eje que vertebra el libro es la relación, en ambas direcciones, entre desigualdad y crecimiento. Todos los trabajos incluidos en el libro analizan la distribución de la riqueza a la luz de la trayectoria económica específica seguida por cada provincia, al tiempo que el capítulo introductorio ofrece una visión de síntesis donde se remarca la existencia de grandes desigualdades regionales y donde se sostiene la hipótesis de una etapa de creciente divergencia de las economías regionales durante la primera mitad del siglo XIX. La comparación interprovincial y, en algunos casos, intraprovincial, al poner de relieve la diversidad de dinámicas económicas y de situaciones distributivas, manifiesta también la dificultad de establecer relaciones simples, demasiado mecánicas, entre ambos fenómenos, y obliga a interpretar con cautela las influencias causales. Entre los elementos que se conjugan en la evo-

lución de la desigualdad durante el siglo XIX destacan, sin duda, la expansión de la frontera –la disponibilidad de tierras, pero también la forma como se distribuyeron y el uso que se les dio– y los flujos migratorios que alteraron por la base el *statu quo* y que neutralizaron el efecto de otras medidas y procesos redistributivos. Sin embargo, ni estos elementos, ni el patrón productivo, ni el grado de urbanización, son elementos suficientes para explicar los resultados obtenidos en cada unidad territorial y en algunos casos se advierte específicamente de los riesgos de sobrevalorar factores como el crecimiento demográfico para explicar las variaciones en la desigualdad. A su lado, se reivindica la necesidad de prestar también atención a las dinámicas políticas e institucionales y, en definitiva, a la historia como elemento explicativo de la compleja relación de la desigualdad con los contextos donde se produce y que la explican.

Enric Saguer Hom

Centre de Recerca d'Història Rural, Universitat de Girona,
Girona, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2012.10.001>

Robert C. Allen. Global Economic History: A Very Short Introduction. Oxford (UK), Oxford University Press, 2011, 170 págs.

El último libro de Robert C. Allen es una síntesis apretada, pero elegante y muy útil, de la historia económica mundial desde la era de los grandes descubrimientos hasta el presente. En poco más de centenar y medio de páginas nos muestra cómo ha cambiado el mundo en estos 500 años, dónde comenzó el cambio y por qué, cuáles fueron las consecuencias para las diferentes regiones del mundo y cómo respondieron al reto del crecimiento económico hasta llegar a la situación actual, caracterizada por las grandes diferencias de renta entre países ricos y pobres, y los desafíos de la globalización. De este modo, el autor sigue planteando la misma cuestión que Adam Smith acerca de «la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones», a la vez que muestra cuál es la utilidad de la historia económica, que no es otra que comprender cómo se ha formado el mundo tal como es con el fin de ayudar a mejorarlo. La historia económica se sirve de las herramientas de la teoría económica, pero en vez del enfoque atemporal destaca los procesos de cambio dinámico que se producen según las circunstancias concretas de cada caso. En vez de aceptar a priori ciertos supuestos, procede al examen atento de la realidad tal como se muestra a nuestra observación. A esto se añade la perspectiva global, que destaca la repercusión de acontecimientos clave en el conjunto mundial. Así se entiende que el objeto, la misión y el método hacen de la historia económica, como empieza diciendo, «la reina de las ciencias sociales».

La historia económica de los últimos 500 años puede dividirse en 3 grandes etapas: la era del mercantilismo (1500-1800), que comienza con los grandes descubrimientos, hace posible la primera globalización y culmina con la revolución industrial en Gran Bretaña; el siglo XIX, desde el final de las guerras napoleónicas, es la era de la industrialización, que permite a Europa occidental y Estados Unidos alcanzar al Reino Unido, pero ahonda las diferencias de estos países con el resto del mundo; y el siglo XX, que ha sido la época en que varios países han utilizado diversos modelos de planificación como estrategia de crecimiento económico. El recorrido en términos de renta per cápita ha sido enorme, pero las diferencias crecientes, visibles en 1800, aún mayores en 1900, y todavía grandes en la actualidad. Entre los indicadores disponibles

es particularmente importante el índice de salarios reales por lo que revela acerca del nivel de vida, el coste de la mano de obra en relación con el capital y la productividad del trabajo, que es la clave del crecimiento económico.

El hecho fundamental de toda esta historia ha sido la revolución industrial. La tesis de Robert C. Allen, bien asentada en sus obras anteriores, es que la revolución industrial fue resultado de un proceso de expansión comercial que llevó a la formación de una economía de altos salarios y creó las condiciones favorables para el cambio tecnológico inducido por los precios relativos de los factores. El proceso fue, en general, europeo, aunque algunos países como España apenas progresaron en esta época, pero Gran Bretaña se adelantó porque los salarios altos y la energía barata en relación con el capital hicieron posible la sustitución de mano de obra por innovaciones mecánicas intensivas en capital y energía. En consecuencia, las ventajas comparativas cambiaron condicionando el desarrollo posterior de las naciones.

Los países de Europa occidental y Estados Unidos respondieron al reto porque adoptaron con éxito el modelo estándar de industrialización, modelo asentado sobre 4 pilares: un mercado nacional gracias a la supresión de aduanas interiores y la construcción de una red de transportes, básicamente el ferrocarril, el proteccionismo frente a la competencia exterior, un sistema bancario para financiar la inversión y la educación de masas que debía facilitar la innovación en general. La aplicación de tales políticas fue un éxito, primero, por la acción decisiva del estado nacional, y segundo, porque la formación de mercados amplios permitía que la tecnología dominante pudiera ser eficiente.

El impacto de la industrialización en Asia fue especialmente negativo, no por causas institucionales, puesto que todos los gobiernos han creado condiciones más o menos favorables para el crecimiento *smithiano*, sino por el cambio experimentado en las ventajas comparativas como consecuencia del cambio tecnológico, ahorrador de mano de obra, la revolución de los transportes y el imperialismo, que limitó la capacidad de acción de los estados asiáticos.

Las diferencias entre ambas Américas no son en absoluto culturales, sino geográficas e históricas. Durante la época colonial se produce en el norte un trasplante de las instituciones inglesas y una profunda inserción en el comercio exterior, mientras que en el sur se instaura un dualismo que separa a criollos e indígenas, deja